



Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Psicología

PSICOTERAPIA II

Ficha de Cátedra

Fernando O. Ulloa

Novela clínica psicoanalítica

Historial de una práctica

PAIDÓS

Buenos Aires

Barcelona

México

(fragmentos pags.238/241)

(...)

Algo semejante parece haber ocurrido cuando introduje en aquel reportaje la frase "cultura de la mortificación". Debo haber nombrado, sin proponérmelo y bastante ajustadamente, un matiz del sufrimiento social contemporáneo que afecta a sectores aún no del todo sumergidos en la mudez sorda y ciega de la mortificación. Las gentes en esta situación son testigos, diría en peligro, amenazados por esa mortificación en la que todavía no han zozobrado. Por eso aparecen sensibles cuando se nombra el matiz del sufrimiento, advirtiéndolo en ello una salida, aunque sea simplemente la de hacer inteligencia compartida sobre esa realidad. Cabe aquí hablar de cultura en sentido estricto, pues no ha desaparecido la producción de pensamiento ni el suficiente valor para resistir, bajo la forma de protesta que incluso puede animar alguna transgresión, en-

frentando un estado de cosas que en el ámbito institucional de esa persona provoca sufrimiento.

Cuando zozobra la conciencia de mortificación, se abre paso una pasividad quejosa y alguna ocasional infracción, respecto de las cuales es impropio sostener el significado del término cultura. Tal vez cabe pensar en una suerte de sociedad anónima de mortificados, en la que pueden comenzar a darse los mecanismos que en el capítulo de la salud mental corresponden a los procesos manicomiales, como formas clínicas terminales de la mortificación que afectan a algunos, mientras la mayoría quedará englobada en un marcado empobrecimiento subjetivo. A estos últimos, difícilmente los alcance algún mensaje como el señalado al comienzo. Algo más que sutiles matices se necesitan para conmover el acostumbramiento y la coartación que experimentan como sujetos.

Le asigno al término "mortificación", más que el obvio valor que lo liga a morir, el de mortecino, por falta de fuerza, apagado, sin viveza, en relación con un cuerpo agobiado por la astenia cercano al viejo cuadro clínico de la neurastenia, incluido el valor popular de este último término como malhumor. Un malhumor que en algunas ciudades como Buenos Aires bien puede denominarse "humor del carajo", expresión que declina en su carácter de insulto fuerte, para expresar con mayor justeza un sentimiento personal de dolor enojado e impotente.

La mortificación aparece por momentos acompañada de distintos grados de fatiga crónica, para la que periódicamente se ensayan explicaciones etiológicas, que van desde formas ambiguas del stress hasta patologías virales difusas o definidas, como los citomegalovirus e incluso las denominadas encefalitis miálgicas, en los cuadros mayores y dolorosos.

Un cansancio sostenido parece haberse instalado en muchos cuerpos en este fin de milenio, que actualiza una figura arqueológica de la psicopatología del fin de siglo pasado, descrita por Freud como actual neurosis; sus formas más conocidas son la hipochondría, la neurosis de angustia y la neurastenia.

Hechas estas aclaraciones, encuentro útil seguir empleando el término mortificación. Una vez que ella se ha instalado, insisto, el sujeto se encuentra coartado, al borde de la supresión como individuo pensante.

Existen algunos indicadores más o menos típicos de esta situación, tales como la desaparición de la valentía, que da lugar a la resignación acobardada; la merma de la inteligencia, e incluso el establecimiento de una suerte de idiotismo en el sentido que el término tenía en la antigua Grecia, cuando aludía a aquel que al no tener ideas claras acerca de lo que le sucede en relación con lo que hace, tampoco puede dar cuenta pública o privadamente de su situación. En esto consistía la condición de idiota, un tanto alejada del significado actual, más insultante. Es el sentido diagnóstico de entonces el que aquí recupero.

Tampoco puede haber alegría en la mortificación y es obvio el resentimiento de la vida erótica, posiblemente la causa epidemiológica a la que aludía en el reportaje.

En estas condiciones disminuye y aun desaparece el accionar crítico y mucho más el de la autocrítica. En su lugar se instala una queja que nunca asume la categoría de protesta, como si el individuo se apoyara más en sus debilidades, para buscar la piedad de aquellos que lo oprimen.

Como ya señalé, no habrá demasiadas transgresiones, a lo sumo, algunas infracciones. La transgresión es fundadora, en el sentido en que implica un principio de respuesta mayor, a, cara o cruz; también supone el riesgo de morir en la demanda. No así la infracción, que se conforma en general con obtener alguna mezquina ventaja, aprovechando circunstancias propicias, a la manera de "bailemos en el bosque mientras eh lobo no está...". Quiénes se encuentran en estas condiciones culturales, tienden a esperar soluciones imaginarias a sus problemas, sin que éstas dependan de su propio esfuerzo. Esta los hace, con frecuencia, propensos a elegir conductores políticos entre quienes mejor y de hecho, más "mentirosamente" se ajusten a este ideario imaginativo. El fácil engaño es común en la mortificación.

Este es un primer abordaje de la idea, como condensación de sufrimiento y muerte, básicamente del sujeto, que en sus extremos mayores llega a producir autómatas "idiotas" griegos.

Esta aproximación a la mortificación se hará mayor si la contrastamos con otra figura fundamental en el desarrollo cultural humano, de la que me he ocupado con frecuencia bajo el nombre algo genérico de "institución de la ternura". El término aplicado a "institución", que califica la ternura -la inicial materno infantil- alude al hecho de que bien puede decirse de ella que se trata del oficio más viejo de la humanidad, del que todos hemos sacado tanto beneficio como perjuicio. En este sentido, la ternura tiene prioridad sobre una antiquísima forma de mortificación social, a la que habitualmente se ubica en el principio de los tiempos: la prostitución.

A la ternura se la identifica, en general, con la debilidad y no con la fortaleza, y se la refiere tanto a la invalidez infantil como a los aspectos fuertemente débiles del amor. Sin embargo, la ternura es el escenario mayor donde se da el rotundo pasaje del sujeto -nacido cachorro animal y con un precario paquete instintivo- a la condición pulsional humana. Es motor primerísimo de la cultura, y en sus gestos y suministros habrá de comenzar a forjarse el sujeto ético.

La ternura es un gesto transmisor de toda la cultura histórica que habrá de imprimirse en el sujeto infantil. Gesto transmisor que, tanto en la remota era de piedra como en la de las estrellas, siempre habrá de producir memoria que no hace recuerdos, pero sí el alma -patria primera de los hombres, al decir del poeta.

En función de sus atributos básicos, la ternura será abrigo frente a los rigores de la intemperie, alimento frente a los del hambre y fundamentalmente buen trato, como escudo protector ante las violencias inevitables del vivir.

De "buen trato" proviene "tratamiento"; en el sentido de "cura", y esto, por contraste, nos lleva a entender más la mortificación, sobre todo cuando nos enfrentamos con una de sus formas terminales, que es paradigma de maltrato y máxima patología de los tratamientos cuando organizan el manicomio, no necesariamente limitado a la institución hospitalaria. (...)